



VALOR ACTUAL DE LA FALANGE

LUIS GONZÁLEZ VICÉN

Es triste siempre pensar en las ocasiones perdidas, pero es más triste cometer la ligereza de pensar que la vida sólo brinda una ocasión.

Lo primero es propio de nostálgicos, y lo segundo, de pesimistas sin trascendencia.

Los problemas vitales, naturales y biológicos tienen todos una trayectoria concreta y determinada y además insoslayable. Tanto en política como en biología es necesario nacer, crecer y madurar para envejecer. El problema es tener vitalidad, es decir, tener amplias facultades vitales, y en política, la vitalidad es estar en posesión de fórmulas de convivencia, de fórmulas de justicia, y que estas fórmulas de justicia no frenen, sino aceleren el propio desenvolvimiento nacional en lo social, lo económico y lo cultura.

Por ello es necesario, para analizar un hecho histórico contemporáneo, ver y estudiar el problema con objetividad, sin pasión ni ambición, y no puede el observador dejarse llevar por la impresión momentánea o la fácil ligereza de la moda o el “slogan”. Sólo los tontos o los mal intencionados pueden cometer este error.

Cuando se descubrió la vacuna antipoliomielítica se descubrieron dos cosas de diferente rango: primero la posibilidad de crear anticuerpos que previenen la enfermedad; segundo, con el cultivo del germen, la posibilidad de hacer de él un antígeno, es decir, la vacuna. Pues bien, cuando, por errores técnicos o por falta de profundo conocimiento de la biología del germen se obtuvo un fracaso rotundo, todos los que vivían de la curación de los enfermos poliomiélicos echaron sus campanas al vuelo, anunciando el fracaso. Eran los mal intencionados, y una gran masa de tontos se hizo eco del fracaso y se llegó rápidamente a una conclusión: que había fracasado la vacuna. Pero no era así, sino que en poco tiempo se produjo una rectificación, y la vacuna es eficaz, el azote que era la poliomiélitis en unos años irá desapareciendo. Es que la doctrina era cierta y sólo había un error de aplicación. Si hubieran triunfado los mal intencionados, ayudados por los tontos, seguiríamos padeciendo la poliomiélitis y seguirían poniendo sus compresas los mal intencionados para su buen negocio.

Quiero con esto decir que la verdad lo es cuando lo es, y, por encima de cualquier rumor o de cualquier credo, se abre paso con el tiempo, y que no debe existir confusión entre doctrina y fórmula de aplicación de tal doctrina, y que, cuando existe un fracaso, es necesario saber si lo es por error fundamental o por mala táctica en la aplicación de sus fundamentos, o si, por temor al radicalismo, no se ha aplicado la doctrina en toda su pureza y efectividad doctrinal.

LA FALANGE EN LA POLÍTICA ESPAÑOLA

Evidentemente, en la política española estamos ante un caso semejante en relación con la Falange. Entiéndase por Falange no una determinada organización o conjunto de hombres, sino una nueva fórmula política y económica, creada por unos hombres que dejaron su último párrafo doctrinal escrito con su propia sangre en un gesto de ejemplaridad. Sin duda ninguna, la Falange ha pasado una de las más peligrosas situaciones a que ninguna organización política puede llegar; y es entrar a todo el complejo que significa la responsabilidad política de la madurez cuando estaba en pleno estado de desarrollo. Me explicaré: los hombres de la Falange, antes del año 36, no se encontraban maduros políticamente, aunque fuesen —y lo eran— maduros en la lucha. El número de falangistas, en aquellas horas pretéritas, era exiguo y de ninguno forma suficiente para cubrir la masa de cargos de responsabilidad de un país tan extenso y complicado como España. Sus conocimientos y experiencia política no eran suficientes para poder montar todo el sistema de un Estado y de la inmensidad de organismos municipales y de administración local. El sistema de fundamentos doctrinales que José Antonio Primo de Rivera nos había legado era necesario complementarlo con todo un sistema de pensamientos de segundo rango que permitiesen la transformación de un mundo en otro, pues tal era a lo que se aspiraba: pasar de un Estado liberal a un nuevo régimen de gobierno y de concepción de la sociedad. No debemos olvidar que en este tiempo, me refiero a los últimos años de la década de los treinta, la Falange había perdido en la lucha sus hombres más creadores y expertos. En aquel tiempo, la masa falangista, por las condiciones de su corta vida, había hipertrofiado sus valores de lucha y había menospreciado los pensamientos doctrinales o, por lo menos, no había podido desarrollarlos con la misma intensidad, dejando circunscritos a unas cuantas personas los valores creadores, doctrinales y de mando. Iniciada la contienda, sin terminar siquiera el esfuerzo de la lucha callejera y puesta en peligro toda la existencia de la propia Falange y, lo que es más grave, de la Nación en sí misma, no podían los hombres de lucha, reclutados más por intuición que por convencimiento, perder sus horas en estudios, en preparación y en toma de experiencia, sino que la contienda misma les obligaba, si eran hombres de honor —y lo eran—, a luchar contra un enemigo armado y a proporcionar a la que entonces se llamaba “Zona Nacional” dos cosas: la ejemplaridad por su heroísmo y la posibilidad de una recluta voluntaria que llenase los grandes vacíos de los frentes.

Si el esfuerzo personal era indispensable e insoslayable, era todavía más importante proporcionar a aquella contienda que comenzaba sobre sus valores eternos, religiosos y heroicos, un contenido doctrinal, un porvenir político y —en último extremo— una justificación de los actos violentos que había que realizar, en un porvenir mejor y en una reforma de una sociedad de cuyo fracaso el mejor ejemplo era la entrega a la lucha que, en aquel momento, comenzaba. Sin esta aportación alegre, optimista y revolucionaria, podía haberse quedado aquel gesto heroico del pueblo español en la triste calificación de una gran operación de política o en la conceptualización negativa de la destrucción de un comunismo incipiente.

Así, y sobre los inmaduros hombros de aquella Falange joven, cayó, en los primeros tiempos, cuando estaba en su niñez la Falange y eran casi niños los falangistas, la tremenda responsabilidad de la ejemplaridad, la recluta y el relleno de contenido de un nuevo Estado que empezaba y al que, desde el primer momento, se le llamó Nacional-Sindicalista. De esta forma cayeron como chaparrón sobre nuestros símbolos, sobre nuestra dialéctica y sobre la nueva forma de ser que representaba la Falange, todos los errores que un Estado que comienza a regir una nación tiene. Y máxime cuando este Estado se encuentra rodeado de un ambiente internacional hostil y tiene que, en medio de la jungla, interesada, de las Cancillerías, que encontrar alianzas para poder sobrepasar un esfuerzo sobrehumano.

La consecuencia natural de nuestra inmadurez política y humana y de la hipertrofia de los valores de lucha, unida a la necesidad de ejemplaridad y recluta, fue el aluvión, sobre nuestras filas, de miles y miles de hombres que no pertenecían a la Falange, ni ideológica ni sentimentalmente. ¿De dónde salió este aluvión? Del único campo que quedaba en el mundo político de la Zona Nacional: de las derechas. La otra consecuencia grave de nuestra estancia en los frentes y de nuestro deseo de luchar fue el rápido acceso al poder y al mando de esta rápida recluta de los hombres maduros de la derecha española, que ya en los primeros años de la contienda ocupaban los puestos de más responsabilidad política en el Estado, en el Municipio y hasta, en lo que se llamaba entonces, el Partido. Al terminar la guerra, los hombres de la Falange combatiente encontraron los puestos ocupados y su propia doctrina interpretada por los que no poseían ninguna doctrina como norma o por los que, por falta de conocimiento, de entusiasmo y de

ideas, hacían de ella un vehículo para el ejercicio personal del poder.

Sobre nosotros y sobre nuestros símbolos, usados en todo y para todo, tuvimos que aguantar el terrible desgaste que significaban todos los hechos que una guerra —y máxime una guerra civil— lleva consigo, mientras que ocultos, bajo la buena manta del Nacional-Sindicalismo, los desaprensivos pudieron hacer mangas y capirotos, para dar satisfacción a sus ansias de venganza y a sus intereses particulares, en los ambientes rurales y campesino.

EL EJE Y EL ESTADO ESPAÑOL

Por otro lado, el Estado español, ante la necesidad imperiosa de encontrar aliados que le ayudasen en aquel trance colosal, sólo entre los países del Eje pudo encontrar un eco y un apoyo. Para afianzar mejor sus relaciones, para buscar más firme la ayuda —que aunque nunca fue decisiva, sí fue apreciable—, era natural que organizase el interior de la Zona Nacional con las características más similares a aquellos potentes dueños de Europa, ante los que se inclinaban y claudicaban Estados como Francia e Inglaterra, tan lejos entonces de sufrir ninguna crisis. Y la Falange tuvo que tintarse de un fascismo que ella misma no tenía y que nunca consintió José Antonio que se tomara, y como prueba, ahí están las dos cartas de José Antonio en que rechazaba, de una manera rotunda, cualquier confusión con el fascismo italiano o con el nacional-socialismo alemán. Hasta aquí, el primer gran sacrificio de la Falange.

Terminada nuestra guerra, y a los pocos meses comenzaba la europea, en muy poco tiempo tuvimos en nuestra frontera la formidable máquina guerrera de Alemania, y en nuestras Cancillerías la exigencia diplomática fuerte y continua, que exigía que pagásemos la deuda contraída con el Eje por su apoyo durante el Movimiento. Trató el Estado español de salvar los compromisos y de sostener su neutralidad. Era difícilísimo —y esto se le alcanza a cualquiera— reconstruir un país en ruinas, física y morales, con una población moralmente agotada por tres largos años de riesgos, privaciones y desastres, y al mismo tiempo defenderse de naciones en pleno éxito y que en su propia guerra estaban jugándose casi el derecho a existir. Y, sin embargo, para España era cuestión de vida o muerte su apartamiento de la guerra. Hubo mil insensatos en aquella época que creyeron llegado el momento, y hablaban de reivindicaciones y de agradecimientos. Pero un espíritu mejor y más previsor podía ver claramente que las mejores reivindicaciones españolas de aquel tiempo eran la neutralidad y la reconstrucción. Sin duda ninguna, ante las exigencias del Eje, había que ceder algo, había que dar algo, ya que no fuera físico y bélico, al menos moral. Y esto se hizo también con la Falange. La Falange tomó sobre sí el peso de las relaciones y de las amistades con los países del Eje, se hizo más fascista y más totalitaria que jamás lo había sido, aunque sólo en lo aparente. Las almas seguían fieles a su doctrina y a su forma de ser.

LA DIVISIÓN AZUL

Cuando no pudo más el Estado español y la exigencia alemana se hizo insoslayable, se envió a luchar a Rusia una División española. Desde un balcón se gritó: «¡José Antonio ha muerto y Rusia es culpable!» Fue el grito necesario para que se llenasen los trenes de camisas azules, para combatir al lado del ejército alemán.

Dos cosas se consiguieron: la primera, demostrar al mundo el heroísmo de esta razón española, y la segunda, evitar que fuera una intervención bélica del Estado español y transformar la aventura en una aventura política de menos trascendencia. Los nombres más importantes y populares de la Falange fueron encuadrados en sus filas. Y allí sellaron con su sangre la presencia falangista en Rusia nombres tan queridos como Matamoros, García Noblejas y Sotomayor. Con su sangre y el sacrificio de los demás, quedó patente que no era una intervención española, sino una actitud falangista; es decir, hubo que poner en peligro una actitud política para salvar la vida del Régimen y del Estado mismo, en caso de derrota del Eje.

Las consecuencias fueron lógicas, porque el planteamiento había sido lógico y previsor la conducta. Ahora bien, ¿alguien en España puede creer honradamente que la Falange misma, si hubiera obrado con egoísmo, se hubiera expuesto a tales riesgos? No; mientras se gritaba desde un balcón: «Rusia es culpable», José Antonio, en su defensa, y escrito de su puño y letra, había dicho: «Las derechas son culpables». No nos engañaron con la designación de culpabilidad hacia Rusia, pero sabíamos que era necesario hacer el sacrificio, y se hizo, con la Camisa Azul, el Yugo

y las Flechas, y si conseguimos laureles para nuestros hombres en la bizarría de su conducta en las estepas rusas, también creamos la gran acusación del mundo victorioso contra lo que éramos y lo que significábamos.

Como decía antes, la lógica consecuencia fue el ataque de las naciones triunfantes contra la forma del Régimen español, por razones políticas en nosotros encarnadas, y así terminó el segundo gran sacrificio de la Falange.

LA ÉPOCA DE LAS PRESIONES

En la época de la posguerra, cuando las presiones partían de Washington, París y Londres, azuzados por Moscú; cuando a España se la rodeó de un cinturón de sanidad injusto y grave; cuando se comenzó a tratarnos como vencidos y no como neutrales, hubo de comenzar el tercer gran sacrificio: tuvimos que ir abandonando, paso a paso, pero de una manera digna y disciplinada, todo aquellos que se había puesto sobre nosotros, para sostener la soberbia y la exigencia de Roma y Berlín.

Por todo ello tuvimos que perder características e influencia, tuvieron que, paulatinamente, nuestros hombres retirarse de la vida política española, para que el Estado español, para que el nuevo Régimen, libre de cargas y estorbos, tuviera mejor agilidad en la peligrosa y dura contienda de encontrar su puesto en el conjunto internacional, del que tan injustamente se le excluía.

Hasta aquí, la dura historia de nuestro Movimiento. Hasta aquí, la etapa dura, entre la cual hemos realizado nuestros tres grandes sacrificios. Primero, tuvimos que aceptar formas que no queríamos. Segundo, entregamos estas formas en aras del bien común. Ahora bien, la Falange seguía existiendo, como sigue existiendo hoy. Si yo dijera todo esto para producir indignación o porque creyese que se había echado toda la carga sobre los hombros de un grupo concreto de los españoles, mentiría. Digo y sostengo que entre las muchas glorias que la Falange ha tenido, quizás la más importante sea haber podido seguir esta larga trayectoria, dura y llena de peligros, sin claudicar y sin entregarse. Yo me siento orgulloso de pertenecer a ella, que tan fiel, consciente y dignamente ha sabido superar todas las dificultades. Y digo también que ha sido hábil la estrategia de dirección, que ha podido ejecutar todo ello sin menoscabo del contenido más profundo y sin descrédito para el honor.

La Falange nació para salvar a España, para salvarla con sacrificios, si fuera necesario. Era natural, entonces, que reaccionara como lo ha hecho. El Sacrificio es más difícil y más duro cuando toca al amor propio. Con ello, la Falange ha demostrado que también esta dura prueba la podía superar. Por esta conducta, nos acusan de un fidelismo irremediable y a ultranza y se sostiene que hemos sido fieles porque no teníamos otro remedio. Falsa acusación hecha por espíritus torpes, por hombres de mirada gacha, que nunca podrán comprender la alegría de la generosidad ni la belleza del sacrificio, que jamás podrán comprender lo que no se ponga en números en la gran contabilidad de sus egoísmos.

Pues bien, yo no me sentiría hoy tan orgulloso ni intranquilo, tan seguro ni tan inseguro, si no fuera porque la Falange, en medio de todos estos problemas, jamás se ha revelado.

E intranquilo e inseguro, porque ahí está nuestra Revolución nueva, sin estrenar y casi sin tocar.

La Falange era algo más que una postura o una forma. Era algo más que su propia esencia. La Falange era una solución económico-social y política. La Falange era un contenido que no se ha puesto en juego en todo este movimiento táctico estratégico, y tanto integrada en el Movimiento o bien aisladamente, tiene en pie sus soluciones y en el alma la exigencia de su realización.

LA FALANGE HOY

Las consecuencias simplistas que algunos grupos sectarios han intentado sacar de esta gloriosa historia, es que todos estos sacrificios habían dado al traste con el prestigio y que ya nadie podría creer en nosotros, ni en el interior ni en el exterior. Sus prisas por acelerar el final, que sus chatas mentes ya veían, han quedado frustradas. Poco a poco se va viendo, cada día más claro, que es necesario volver a recoger las fórmulas falangistas, no sólo en España, sino en los desorientados países europeos. Se va viendo, cada día con más claridad, cómo, desde fuera, se mira cada vez con la máxima atención el fenómeno ideológico que representamos, según se va presentando en su pureza misma. Se ve, por fin, como en el interior, cada día nuevas gentes y gentes jóvenes, van acercándose a nuestros

conceptos, con la seguridad de que sólo en ellos encontrarán una solución más justa dentro de la sociedad española.

Es necesario darse cuenta de la situación alcanzada y del punto en que nos encontramos en este año de 1964. Por el desgaste sufrido por la dureza de la lucha de estos años, vemos que aquel aluvión que tanto perjudicó y tató confusionismo creó en los primeros tiempos, ha desaparecido. Carga feroz que aligera nuestras espaldas, para podernos mover con más agilidad y alegría. De nuestras filas han desaparecido casi ya, y siguen desliziándose hacia otros sectores más productivos de la política nacional, los arrivistas y los trepadores. Por otro lado, España, sin cerco internacional, normalizadas sus relaciones con el mundo occidental y hasta, parece también, con el mundo oriental; con una economía floreciente, según afirman los encargados de ella en revistas, periódicos y declaraciones al mundo, nos brinda la posibilidad de analizar nuestra situación, que juzgamos en un momento positivo por primera vez en la historia de la Falange.

Este es el momento de poder establecer nuestras normas y doctrinas, sin aparatos de ocultación ni cesiones en ningún sentido. Este es el momento de plantear al país el fondo de nuestra doctrina, que nunca habíamos puesto en juego. Y éste es un momento precioso para hacer el análisis del Régimen español, de nuestro Régimen, que hemos construido con sangre, trabajo y sacrificio.

LA CONSTITUCIONALIDAD DEL RÉGIMEN

Generalmente, en estas épocas de tranquilidad y de paz, es cuando se ven con más claridad los defectos, los errores y cuando se sienten más agudamente. Lo primero que se echa en falta en un análisis somero es la falta de Constitución del nuevo Régimen español. Ya por el año 56 se hizo el primer intento de institucionalizar el Régimen, y ya desde entonces, de una manera continua y en cuantas ocasiones nos ha deparado la vida política, hemos gritado y hemos presionado, con la modesta forma en que hemos podido, para hacer de ella una preocupación nacional y que saliera de ser una idea de grupo para convertirse en un problema de la comunidad.

Cuando, después de estos intentos, se planteó a la Nación el grave error de que los pueblos no necesitan política, sino simplemente buena administración, nos esforzamos y arreciamos nuestro trabajo en hacer comprender que no hay administración posible sin institución, como no puede haber nunca cuerpo sin columna vertebral. No quiero decir con esto que la vida nacional no pueda desarrollarse en medio de una constitución abierta, entendiéndolo por tal la que en sí misma entraña la posibilidad de evolución y reforma, pero sí sostengo que esto tiene un límite y que es un riesgo vivir así, cuando en cualquier momento puede presentarse una crítica situación sucesoria. Por tanto, una política previsora debe ya contar, y de una manera urgente, con una revisión en serio de las Leyes Fundamentales, más un cierre de la institucionalización, creando las leyes que rijan el Movimiento, el Gobierno y la Jefatura del Estado. Asimismo es necesaria la recopilación de todas ellas en una sola, que sea la Constitución del nuevo Estado y la institucionalización de sus estratos.

EL RETROCESO SOCIAL

El segundo problema que hoy se ve claramente es la distorsión social sufrida, desde hace años, por la hipertrofia de la política económica sobre el resto de las funciones políticas de la Nación. Esta era consecuencia lógica de la disminución de la influencia del Movimiento en ciertos sectores políticos y administrativos. La ausencia de hombres políticos en la dirección de las labores administrativas había de traer la consecuencia natural de emplear los conceptos administrativos como funciones políticas. El uso de técnicos en las labores de dirección pública obliga a estos técnicos a usar su técnica como arma política, ya que carecen de ésta. La consecuencia grave y final es una economía hipertrofiada, usada como elemento político único. No hace falta ser sabio para saber que es un círculo vicioso, del cual ya no se puede salir, si no es con el uso de la formada opinión de hombres políticos; en esta trayectoria, debo advertir que dejar el Régimen apoyado sobre la sola rama política que la economía significa es un riesgo grave, y quiero recordar solamente el caso de la Argentina, país que al terminar la guerra poseía 2.000 millones de dólares en sus arcas y que en medio de una hipertrofia económica de su política, por compras e importaciones excesivas, arrastró en su caída todo un Régimen, aunque es patente que sus gestores terminaron millonarios.

LA UNIDAD NACIONAL

La unidad nacional hoy se presenta, asimismo, como otro problema incipientemente peligroso.

El vacío creado en la política española con la parcial ausencia del Movimiento, se ha intentado rellenar con la frialdad técnica de unas cifras que nadie lee, pero la consecuencia natural ha sido la aparición de grupos políticos por doquier, que van rompiendo la unidad poco a poco y de una manera que, por ser suave, no deja de ser irremediable. Los grupos, sobre todo en la juventud, nacen constantemente ligados a posturas pasadas, y algunos, a nuevas posturas, imitadas de los patrones más gallardos, pero menos logrados. Las desviaciones aparecen constantemente, dentro incluso de las posturas nacionales, y empiezan a aparecer dogmatismos incipientes, y no puede saberse dónde irá a parar este mosaico de ideas y de grupos que intentan madurar.

Los grupos católicos obreristas o políticos, asentados sobre razones de las encíclicas, por ellos interpretadas, o del Concordato firmado por el Estado español. Los monárquicos del grupo que se quiera, asentados únicamente sobre razones dinásticas y no institucionales. Los grupos marxistas, izquierdistas, en una voráGINE de descubrimiento de nuevos Mediterráneos, casi tienen ya existencia legal. Y digo legal, pero no diga reglamentada. Tácitamente son autorizados, pero su existencia es anárquica. El decir esto no es una queja de que me pueda molestar la existencia de ningún grupo u opinión. Mi convencimiento falangista es tan grande, que no me importaría entrar en lucha dialéctica sobre los problemas de la Patria con ninguno de ellos. Pero dentro de una norma y de una vía que el Estado tiene la obligación de proporcionar.

LOS SINDICATOS

La unidad sindical y el encuadramiento social, que deben representar los Sindicatos, se encuentra hoy también en crisis frente a los detractores del Régimen. ¿Es que se han quedado anticuadas las estructuras, o es, quizás, que, al transformarse otros conceptos o al aplicarse pensamientos ajenos a lo que hasta hoy ha sido el Movimiento, ya no encajan éstos con su estructura en el concierto estatal español?

Los Sindicatos, tal y como estaban estructurados, no eran para ningún falangista, ni aun siquiera para los que dirigían la Organización, una estructura final e ideal. Siempre se ha considerado su estado como una situación transitoria hacia metas mejores. Ahora bien, mientras han existido, han cubierto, indudablemente, una función y han proporcionado una posibilidad de entendimiento social. Para el Estado han sido herramienta válida y buen cauce para las aspiraciones de las masas, así como magnífico termómetro de temperatura social. Fueron válidos también, en su día, para, a través, lograr alguna justicia social individual. No han sido, ni han podido ser, factor esencial de la justicia social total, ni han dictado las normas económicas, ni tampoco han sido ni dejado de ser clasistas. Ni han sido, ni tampoco creo que lo hubieran podido ser, en las condiciones internacionales y económicas vividas durante estos años pasados, los ejecutores de una profunda revolución social. Han sido, por tanto, vuelvo a insistir, nexo de unión social, factor de justicia individual y magnífico aparato de comunicación entre el pueblo y el Estado. Ahora bien, desde que nuestros métodos y pensamientos están de moda, resulta que no sirven para nada. Esto es falso, y la consecuencia, más falsa todavía. El Sindicalismo Vertical es eso; pues bien, eso ha fracasado; luego el Sindicalismo Vertical ha fracasado.

Falso y cien veces falso. Ni eso era el Sindicalismo Vertical, ni tampoco esa Organización Sindical actual ha fracasado. Los Sindicatos, tal como están constituidos, sirven hoy igual que servían y sirven para lo mismo, como enlace, nexo o unión entre el pueblo y el Gobierno. Ahora bien, si el Gobierno no escucha, no entiende o se desentiende, es cuestión del Gobierno mismo y no de los Sindicatos, que eran, son y pueden ser un enlace utilizable.

Con un ejemplo quiero dejar más claro el concepto: el teléfono es una forma técnica de comunicación que entraña el acuerdo tácito de dos personas que quieren hablar. Ahora bien, si uno de los dos cuelga, el fracaso no es del teléfono, sino es un fracaso de la relación entre las personas. El teléfono, puesto en Washington y Moscú, representa el ánimo de entendimiento entre dos fuertes enemigos y es un medio técnico para que, en caso de accidente insoslayable, pueda haber una última vía de solución, sin llegar a la hecatombe. ¿Alguien, con mediana mentalidad, echaría la culpa a esta línea directa en el caso de un conflicto bélico? Pues bien, esta estupidez es la

acusación que nos hacen nuestros enemigos, para conseguir la puñalada final al Nacional-Sindicalismo. Han colgado el teléfono, y luego dicen que no sirve, porque no oyen nada. Entonces, efectivamente, hay que transformar, y creo que todos los falangistas vemos con alegría esta transformación. Hay que lograr que en esta transformación se oiga tanto y tan estruendosamente, que no se pueda estar tranquilamente sentado al lado del teléfono ni aunque esté colgado.

CARA AL FUTURO

Los días del sacrificio por la guerra y por la seguridad nacional han pasado. Hemos cubierto dignamente estas etapas, que han dejado claros en nuestras filas, lo cual es la mejor razón de nuestro sacrificio. En el descrédito internacional y nacional está la marca del segundo sacrificio, orgullo de nuestra postura. Ahora bien, me pregunto: ¿la consecuencia que pretenden obtener, de que hemos terminado como factor en la vida política del país, se puede aceptar? ¿Si porque nosotros hayamos permitido este sacrificio, es justo que el pueblo español sufra el sacrificio de su Revolución? En este momento, ni tenemos una guerra pendiente, ni un aliado exigente que importune nuestra trayectoria, ni nuestra floreciente economía en peligro; justo es entonces que empecemos a clamar por una justicia social, por una mayor igualdad, por una enseñanza más social, por una justa y exacta igualdad de oportunidades, así como por una más perfecta distribución de las cargas y de los deberes y por un equilibrio en la posibilidad, en la presión y en la influencia, por la sindicalización de las empresas y por la nacionalización de los servicios públicos.

Y por qué no decir: la investigación de las fortunas, sobre todo de las colectividades, sea cual sea el tinte de éstas y estén donde estén los fondos conseguidos.

Así estamos llegando al punto final de mi ligera disertación. El hecho de que la Falange, como os lo he descrito, haya sido una parte tan importante de la última historia de nuestro país, no debe servir, en ningún caso, de factura para prebendas ni privilegios. Ahora bien, tampoco puede haber razón para que se abandonen, se olviden y se desechen sus postulados de igualdad, de justicia y de buena distribución de los sacrificios y de las ventajas, esfumando así su Revolución al pueblo español. La relatividad de su ausencia ha creado en el país una situación con graves problemas. El Movimiento, dentro de la mejor moral y lógica, es el cauce oportuno para el planteamiento de estas aspirantes, que no son de un grupo, sino de todos los españoles. La Falange es, en estos momentos, la única que aporta soluciones a estos problemas: de la constitucionalidad, del problema económico-social, de la unidad, de la justicia y de la igualdad. El resto de los grupos políticos españoles propugnan sólo soluciones de facetas parciales de la vida nacional. Unos, como los monárquicos, dan soluciones, si no constitucionales, al menos dinásticas; otros, como los marxistas e izquierdistas, aportan soluciones sociales, desconociendo las de unidad, las económicas, las religiosas e instituciones. Otros aportan sólo soluciones económicas, como panacea de todos los males, y creen solucionar el problema del porvenir por ofrecer, para los próximos años, televisores y lavadoras para todos, y los más exaltados, hasta automóviles. Hay grupos que ofrecen el rencor y la revancha y nos quieren animar por que nosotros también somos víctimas de la injusticia. Los más templados intentan decirnos que todo lo que hemos andado desde el año 36 ha sido tiempo perdido y que lo mejor es volver al liberalismo clásico, monárquico o republicano, con su clásico nihilismo de derechas. A todos estos grupos, que sólo soluciones parciales ofrecen, se une, según su situación, una masa de cínicos que no pretenden nada, que sólo desean estar en los que triunfan y que olfatean y detectan por el país lo que va a suceder, para estar en cualquier caso con el triunfador. Estos también, un día, estuvieron con nosotros, y sólo Dios sabe dónde estarán a estas horas. Pero compadezco profundamente a los que, en estos momentos, sean sus «compañeros de viaje».

Sólo nosotros tenemos una fórmula completa. Sólo nosotros tenemos unas bases que pueden aportar soluciones; pero, entiéndase bien, al decir: tenemos, no me refiero a un acto de posesión. Nosotros ni las queremos ni nos sirven para nada. Las sentimos y las deseamos para todos los españoles. Y por esto, entre nosotros se mezclan hombres del pueblo, intelectuales, estudiantes, profesionales, aristócratas y clase media, hombres y mujeres. No somos «elegidos». Ni siquiera contamos con protecciones, ni terrestres ni divinas. Nos toca solamente la parte de protección que Dios da a todos los hombres, y más a los que sienten y proyectan con honradez sus pensamientos.

Jesucristo, en el sermón de la Montaña, cantó las alabanzas de la Justicia, determinó la igualdad ante Dios de los seres humanos, gritó las bienaventuranzas de los pobres, de los perseguidos y de los afligidos.

Camaradas, yo creo que estamos sobre el camino cierto; éste es el momento de, con más fe que nunca, luchar por la Igualdad, la Justicia y la Libertad.

¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

[Conferencia de Luis González Vicén, presidente del Círculo Doctrinal “José Antonio”, ante el Consejo Nacional de la Sección Femenina, en Pontevedra (enero de 1964). Reproducido en Javier Onrubia Rebuerta, *Historia de la oposición falangista al Régimen de Franco en sus documentos* (I), Fragua, Madrid, 1989, págs. 45-61].

